

servando únicamente para este el título de rey, cediéndole en compensación el ducado de Bar perteneciente a Lorena y prometiéndole la posesión de esta en cuanto el entonces duque Francisco Estéban se posesionara del gran ducado de Toscana que le había sido ofrecido para cuando falleciera el último Médicis, que no tenía hijos y cuya muerte se esperaba de un momento a otro. Sin embargo Estanislao recibía esos dos ducados solo para durante su vida, pues muerto él pasaban a la corona de Francia. El cardenal Fleury había conseguido con esfuerzo relativamente escaso el objetivo que desde hacía muchas generaciones perseguía la política francesa, es decir, la adquisición definitiva de Lorena. Hablando de ello dice Ranke que «no fué un acto grande, pero sí un gran acontecimiento.»

Las demás condiciones principales del tratado de paz se referían a Italia: el emperador cedía al Borbon D. Carlos Nápoles y Sicilia, recibiendo, en cambio, de él Parma y Plasencia. En cuanto a Toscana debía pasar a manos del duque de Lorena, es decir, indirectamente a poder de la casa imperial. La Lombardía continuaba siendo del emperador, con excepción de Novara y Tortona y de algunos pequeños señoríos lombardos que fueron cedidos al rey Carlos Manuel de Cerdeña.

Cara costaba la paz a Carlos VI; sin embargo, aun cuando hubo de renunciar al Sur de Italia, consiguió la ventaja de que su posición en la Alta Italia y en la Italia central se fortaleció con la adquisición de Parma, Plasencia y Toscana. Pero lo que a sus ojos tuvo mayor importancia fué el reconocimiento de la Pragmática Sanción por parte de Francia, porque de todas las declaraciones hasta entonces obtenidas en favor de la nueva ley de familia, esta era la que siempre le había hecho más falta y con ella creía haber conseguido para la unidad de su monarquía una seguridad que la ponía a cubierto de cualquier ataque.

El Imperio alemán figuraba también en el número de Estados que habían firmado la paz, aun cuando su papel se redujo a aceptar pasivamente lo que las grandes potencias activas habían entre sí concertado. La disgregación definitiva de la Lorena no era sino el término de un proceso que se venía desarrollando desde hacía mucho tiempo. Francia restituyó las plazas fuertes imperiales de Kehl y Philippsburgo y las de Tréveris y Trarbach que había conquistado. En aquella ocasión salió también a relucir la cláusula de Ryswick de 1697, de la que tantas veces se había hablado (1). Al declararse la guerra imperial contra Francia, los Estados protestantes habían impuesto la condición de que cuando en su día se firmara la paz se recabaría la revocación de la cláusula, a lo cual había asentido el emperador, y cuando se trató después de que el Imperio aceptara los preliminares de la paz de Viena, el *Corpus Evangelicorum* recordó al emperador su promesa, siendo eficazmente apoyada su petición por las potencias extranjeras protestantes, Inglaterra, Holanda, Dinamarca y Suecia. Aseguró el emperador que cumpliría lo prometido, y en vista de ello los protestantes votaron en pro de la aceptación de los preliminares con la esperanza de que en la paz definitiva sería aquella cláusula revocada; mas cuando en 1738 fué conocido el tratado, se vio que ni una sola palabra se decía en él referente a la misma, pues en vista de la manifiesta repugnancia de la corte francesa el gobierno de Viena tuvo por conveniente pasar en silencio aquella cuestión. Cuando el emperador, en marzo de 1740,

(1) Véase más arriba. Para lo que sigue véanse los abundantes documentos contenidos en la *Cancillería de Estado*, de Faber, tomos LXVII a LXIX, y en las obras muchas veces citadas de Pachner, Eggenstorf y Schaurath.

presentó el tratado a la aprobación de la dieta, los protestantes, como era natural, renovaron sus protestas: el final de todo aquello fué que, a consecuencia de la muerte de Carlos VI al poco tiempo ocurrida y de los disturbios que la siguieron, el tratado de paz con Francia no fué nunca ratificado por el Imperio. En cuanto a la cláusula de Ryswick, sucedió que los protestantes, en virtud de la declaración de guerra del Imperio de 1734 y de las promesas hechas por el emperador, la consideraron en lo sucesivo oficialmente revocada y por ende sin fuerza de obligar: los católicos discutieron esto y Francia no renunció nunca de una manera formal a los artículos de la cláusula de Ryswick a ella relativos.

Por lo demás, esta contienda jurídica no tenía importancia alguna desde el punto de vista práctico, pues los efectos de la cláusula respecto de la recatolización de los territorios por ella afectados subsistían desde hacía casi cuarenta años y tales como estaban las cosas nadie podía pensar seriamente en destruir por la violencia lo que por medios violentos se había establecido.

A poco de terminada la guerra falleció el príncipe Eugenio: medio siglo hacía que estaba este al servicio del Estado austriaco; bajo los reinados de tres emperadores había coadyuvado como general y hombre de Estado con tanta gloria como éxito a la grandeza de la patria por él elegida y de la dinastía que la gobernaba, y su nombre irá eternamente unido a una porción de sucesos trascendentalísimos de la historia austriaca. Oriundo de una familia franco-italiana, nunca llegó a dominar por completo el idioma alemán; y sin embargo, su modo de ser lleva marcado el sello verdaderamente germánico y en su mente el pensamiento político más íntimo de la monarquía austriaca se encarnó con más fuerza que en alguno de los mismos emperadores Habsburgos.

Fué el príncipe Eugenio una personalidad en la que con los más relevantes talentos militares y políticos corrían parejas todas las cualidades de carácter que hacen simpático a un hombre: dotado de una vasta ilustración científica y literaria, conversaba con Leibnitz de los más profundos problemas del sistema filosófico por este creado; aficionado pródigo cuanto inteligente en las bellas artes, logró reunir magníficas colecciones que, a su muerte, fueron repartidas; propietario amigo de la suntuosidad, su palacio en la calle de Himmelpforte (de la Puerta del Cielo) y sobre todo los magníficos jardines y edificios de su Belvedere figuran aun hoy día entre los ornamentos arquitectónicos más bellos de Viena. Fué un hombre grande, severo, tranquilo, orgulloso, modesto y solo confiado en sí mismo, y que, a juzgar por lo que de él se sabe, no pagó tributo a los vicios y defectos a que tan pocos hombres de su edad y de su posición logran sustraerse. De suerte que puede darse fe a las palabras, casi atrevidas al parecer, de su imparcial biógrafo cuando le califica de carácter «cuya absoluta pureza y cuya grandeza moral no enturbia la más pequeña mancha (2).»

El príncipe Eugenio pudo presenciar antes de morir el matrimonio entre la archiduquesa María Teresa y el duque Francisco Estéban de Lorena, que él había apoyado y que se efectuó en 12 de febrero de 1736. Además se había resuelto en el consejo de Carlos VI el enlace de la segunda hija de este, la archiduquesa Mariana, con el duque Carlos, hermano menor de Francisco Estéban: quedaba por conseguirse consumada la unión de las casas de Habsburgo y de Lorena formando la nueva «casa de Austria.»

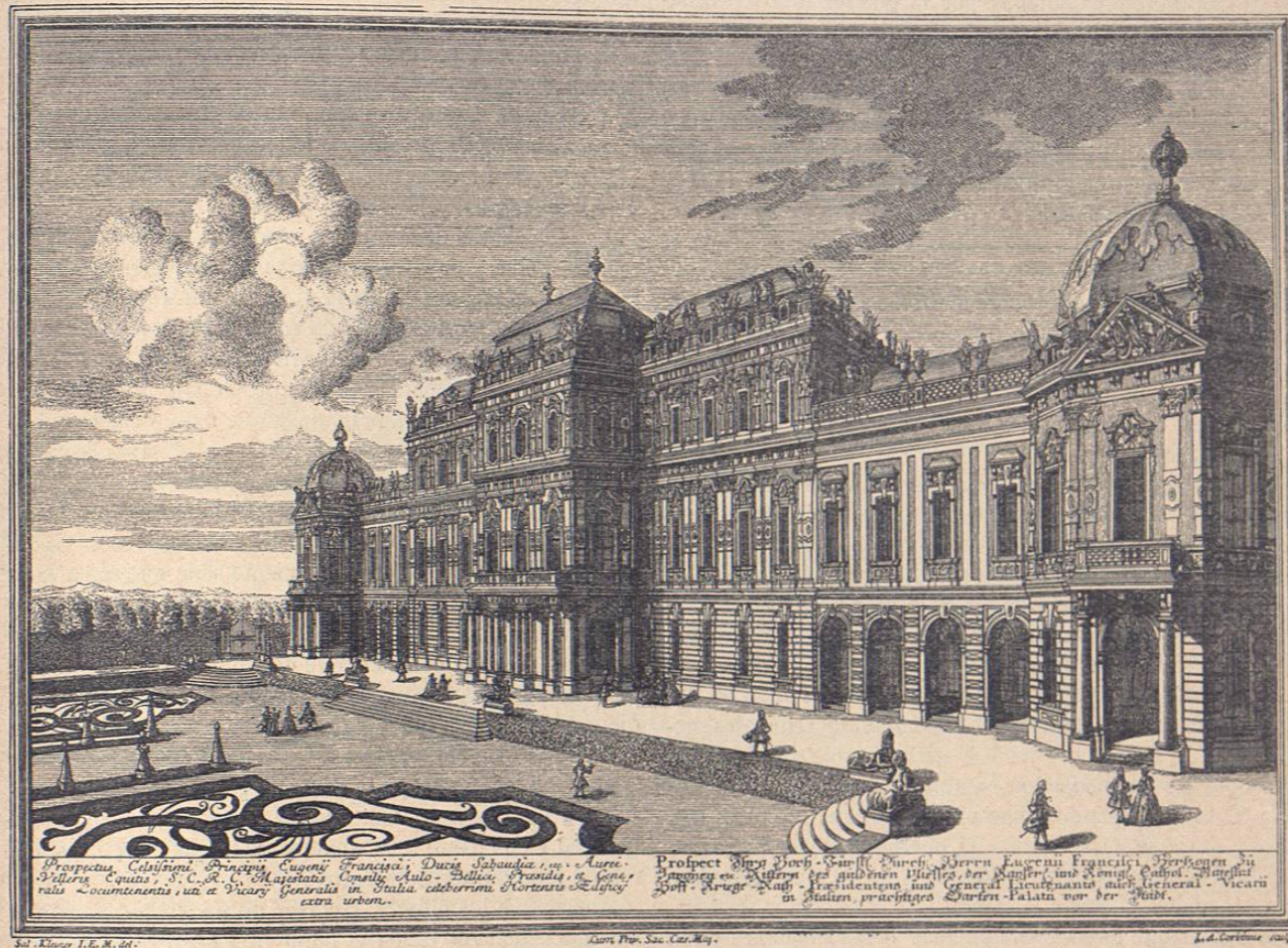
Poco tiempo después de aquella boda, es decir, en 21 de abril de 1736, falleció el príncipe Eugenio a la edad de setenta y tres años, y muy pronto pareció como si la estrella ya

(2) Arneht, tomo III, pág. 504.

vacilante de la casa de Austria se hubiese eclipsado por completo.

Hay motivos para dudar de que la pérdida de Nápoles y Sicilia fuera bajo todos conceptos un grave perjuicio para la monarquía de Carlos VI. Ciertamente fué muy sensible, como en seguida hubo de verse, el golpe que sufrió la hacienda imperial viéndose privada de los pingües ingresos que todos los años obtenía de Nápoles; pero cierto también que más rudo fué el que sintió por aquella pérdida el numeroso e in-

fluente partido español de la corte de Viena que siempre había vivido especialmente de aquellas rentas y cuyos individuos consideraban además como bienes de su exclusiva pertenencia los empleos y honores de aquel reino del Sur de Italia. De suerte que la preponderante influencia del elemento español en la corte del emperador, influencia muchas veces funesta y siempre vista con recelo por los alemanes, menguó considerablemente con la disminución de las posesiones imperiales en Italia, y desde este punto de vista aquella pérdida fué a los ojos de muchos un beneficio (1).



El palacio de verano del príncipe Eugenio de Saboya en el arrabal Wieden de Viena
Construido (1693 a 1724) por Lucas Hildebrand (1656-1730)

Facsimile reducido del grabado de J. A. Corvinus: dibujo original de Salomon Kleiner (1703-1759)

En efecto, dado el modo de ser y los medios de defensa entonces de aquel complejo de Estados austriaco, quizás puede decirse que este padecía desde las adquisiciones de 1720 de un exceso de posesiones italianas y que la reducción de estas, en la medida efectuada, parecía prometer mejor salud y mayor consistencia. Entonces surgió en algunos círculos de Viena la idea de que, habiendo mejorado la situación diplomática, podían resucitar los antiguos planes de comercio universal y reconstituirse la Compañía de Ostende, pues si bien se habían perdido los puertos de Nápoles y

(1) Foscarini, Relación de 1736, pág. 108: «todos los señores tudescos se conformaron gustosos con aquel hecho, así por la envidia que sentían por el partido español, al cual no le importaba ver debilitado el Imperio y disminuida la autoridad, como porque consideraban a Italia como país poco menos que reservado a la manutención de extranjeros.» Foscarini dice que hasta la emperatriz, «fina conocedora de los hombres,» era entonces una enemiga resuelta de los españoles y les achacaba la responsabilidad de muchos perjuicios sufridos por el régimen imperial. Pág. 126.

Mesina, en cambio se disponía del de Liorna (2). Abandonada una obra avanzada de difícil defensa, la monarquía resultaba más fuerte y más compacta que antes.

De suerte que en este caso particular la disminución del territorio nacional producida por una guerra desgraciada podía con el tiempo ser origen más de beneficios que de perjuicios.

Pero lo peor era que Carlos VI estaba destinado a sufrir nuevas derrotas y pérdidas en el terreno de la cuestión turca, en el cual desde 1683 se habían obtenido las grandes victorias del glorioso período de cuarenta años y en el que cualquier retroceso significaba un sensible quebranto para la situación de Austria y para su importante misión en la Europa occidental.

La nueva guerra austro-turca que con sus frecuentes desdichas llena el período de 1736 a 1739, no tuvo su origen en verdaderas contiendas entre el emperador y la Puerta,

(2) Foscarini, Relación de 1736, pág. 113.

sino que fué debida en parte á la alianza del primero con Rusia y en parte á la esperanza de indemnizarse de los perjuicios en otros puntos sufridos á costa del tantas veces vencido adversario osmánico.

Desde hacia algunos años la Puerta estaba en lucha con Persia (1), en donde un guerrero advenedizo de humilde cuna, Nadir Schah, acababa de derribar la antigua dinastía poniéndose él al frente del Imperio. Las dificultades que esta guerra persa produjo á la monarquía turca y que subieron de punto con los disturbios ocasionados por la posesión del trono, fueron explotadas por la política rusa, estrechamente aliada con Nadir Schah. Los turcos habian sufrido las mas terribles derrotas, y cuando Persia firmó en octubre de 1736 la paz con Turquía, Rusia continuó la lucha por su cuenta para conseguir sus propios fines guerreros, el principal de los cuales era recobrar el acceso al mar Negro que en otro tiempo conquistara Pedro el Grande y que se habia perdido en la desdichada campaña del Pruth en 1711.

Para esto pretendia la zarina la ayuda de su aliada el Austria. Entre Rusia y el emperador existia desde 1726 una alianza defensiva que, en aquellos tiempos de cambios de alianzas, habia sido una de las pocas que habian subsistido. Carlos VI habia logrado merced á ella algunas ventajas políticas, y últimamente, como hemos visto, se habia presentado en el Neckar un ejército ruso que iba á auxiliarle contra Francia.

Muchas consideraciones oponíanse en Viena á la idea de emprender, tales como estaban las cosas, una nueva guerra contra Turquía. Las graves complicaciones merced á las cuales de los preliminares de Viena de 1735 habia resultado la paz general no habian desaparecido todavia, y aun cuando se consiguiera ponerles feliz término, aquel Estado extenuado necesitaba imperiosamente un largo período de tranquilidad para restablecer y concentrar sus fuerzas. Por esta razon se trató durante algun tiempo de rehuir las pretensiones de Rusia cuya justicia era innegable y se hicieron ofrecimientos de mediacion para promover la paz entre Rusia y Turquía, llegándose hasta decir, aunque en vano, que podria enviarse á la zarina el cuerpo auxiliar de 30.000 hombres de que hablaba el tratado, sin que Austria tuviese que declarar la guerra á la Puerta.

Pero mas que todas esas fundadas consideraciones pudo al fin la de la alianza rusa y de la esperanza de seguras é importantes victorias. El insistente interés con que la diplomacia turca así en Constantinopla como en Viena procuraba evitar un rompimiento con Austria fué considerado como favorable síntoma de debilidad. De los militares que formaban la corte del emperador, los generales Seckendorff (antiguo diplomático en Berlin) y Palfy opinaban que por de pronto únicamente debia ofrecerse á Rusia un ejército auxiliar sin declarar la guerra á la Puerta; en cambio el general conde de Schmettau y el jóven príncipe José Federico de Hildburghausen, el que despues acaudilló el ejército en Rossbach y que gozaba de gran favor cerca de Carlos VI, eran partidarios de que se entablara desde luego la lucha con todas las fuerzas disponibles. En este mismo sentido se expresaba el consejero político que de mayor influencia disfrutaba cerca del emperador, el secretario privado de Estado Juan Cristóbal de Bartenstein, el hijo del profesor protestante de Estrasburgo, que habia abrazado el catolicismo y entrado al servicio imperial conquistando por sus inagotables conoci-

(1) Para lo que sigue véase especialmente la importantísima monografía de Zinkeisen: *Historia del Imperio turco en Europa*, tomo V, pág. 583. Tambien permite formarse perfecta idea de las circunstancias diplomáticas la relacion veneciana de Nicolás Erizzo, de 1738, publicada en la obra de Arneth: *Relaciones, etc.*, pág. 175.

mientos histórico-publicistas, por su laboriosidad infatigable y por su adhesión á la dinastía el favor de Carlos VI, y llegando á ocupar un puesto de confianza casi omnipotente que supo conservar aun en tiempo de María Teresa (2). Tambien él era de parecer de que no debia desperdiciarse aquella ocasion de emprender, en union de Rusia, una guerra contra Turquía que ofrecia las perspectivas mas brillantes, creyendo que la obra del príncipe Eugenio no estaba terminada y que la paz de Passarowitz podia ser reformada por otra mas favorable y las pérdidas sufridas en Italia compensadas por la adquisicion de nuevas provincias en la península de los Balcanes. Bosnia, Servia, Croacia y la otra mitad de Valaquia y de Moldavia eran otros tantos objetivos capaces de satisfacer los deseos de conquista.

Y como de la misma opinion era el emperador, que difícilmente podia consolarse de la humillacion de las últimas campañas de Italia, se acordó en 1736 la guerra tras algunas vacilaciones y negociaciones.

Las esperanzas de conseguir otras alianzas poderosas se desvanecieron pronto, pues no se pudo conseguir que tomaran parte en la guerra Polonia ni la república de Venecia, y Prusia, cada vez mas disgustada con la corte imperial por haberse visto postergada en la cuestion de la sucesion de Polonia y por lo problemática que iba resultando la solucion favorable de la de Juliers-Berg, de la que mas adelante hablaremos, se negó rotundamente á auxiliar al Austria. El conde de Seckendorff, á quien se reservaba el mando en jefe en la próxima guerra, confiado en la amistad personal que con el rey Federico Guillermo le unia, le manifestó, por via de prueba, en una carta, cuán conveniente seria que en la campaña de Hungría interviniesen veinte batallones prusianos y que Prusia hiciera un pequeño préstamo de algunos millones; pero el rey le contestó que tal indicacion, despues de todo lo sucedido, solo á broma podia ser tomada (3). La dieta de Ratisbona fué la única que no pudo rehuir la petición del emperador relativa á una contribucion para hacer la guerra á los turcos; pero, como de costumbre, de los subsidios acordados solo á la mínima parte ingresó en la caja imperial y en cuanto á los auxilios de tropas imperiales fueron de todo punto insuficientes.

Apelando á los últimos recursos de un Estado poco menos que extenuado desde el punto de vista económico, lanzóse Austria en aquella guerra que habia creído mas fácil de lo que en realidad era (4). El Imperio otomano demostró que los poderosos medios de que disponia casi bastaban para la doble guerra que se veía obligado á sostener; en cambio, del lado del emperador se hicieron cada vez mas patentes la escasez y los abusos de toda clase. Al Estado austriaco le hacia gran falta la autoridad del príncipe Eugenio que á todos y á todo se imponia (5). Los generales á quienes se encomendó la campaña eran generales de segunda y tercera fila y cada

(2) Arneth: *Juan Cristóbal de Bartenstein, etc.* (Archivos para la historia de Austria, tomo XLVI, 1871).

(3) Droysen, tomo IV, pág. 298. Algunos meses despues, sin embargo, Federico Guillermo ofreció al emperador como auxilio voluntario para la guerra turca 1.200.000 thalers «á fondo perdido», sin que pudiera exigirse el capital y los intereses hasta el último dia; pero exigia en cambio del emperador una garantía respecto de Berg y de Ravenstein. El gobierno de Viena no aceptó esta proposición. Droysen, tomo IV, pág. 315.

(4) Acerca de los recursos económicos de Carlos VI al comenzar la guerra, véase el cuadro trazado por Zinkeisen, tomo V, pág. 712. El papa Clemente XII aseguró un subsidio de 600.000 escudos y un diezmo de los bienes eclesiásticos de los territorios imperiales.

(5) En una memoria de Constantinopla en que se refleja la opinion allí reinante se dice: «Los turcos proclaman en alta voz que ya no hay un príncipe Eugenio.» Zinkeisen, tomo V, pág. 752.

uno de ellos estaba enemistado con los demás; las tropas componíanse en parte de soldados bisoños; en punto á administracion militar se evidenciaron multitud de fraudes respecto del pago de soldados y de la manutencion del ejército, y en Hungría se demostró que desde hacia años, y en vista de no existir al parecer peligro de guerra, se habia descuidado todo cuanto al ejército se referia y casi todas las plazas fuertes se hallaban desprovistas de elementos para sostener la lucha.

Todo esto pusieron en evidencia las tristes experiencias de la guerra: comenzó esta con una victoria efímera á la cual siguió una série no interrumpida de derrotas. En el verano de 1737 y mientras celebraba sus sesiones en Niemirow (Po-

lonia) un congreso de la paz organizado por las potencias neutrales, que nadie tomó en serio, Seckendorff, que en union del duque Francisco Estéban de Lorena ejercia el mando en jefe, avanzó con el grueso del ejército desde el Danubio y por el valle del Morava hácia Servia. Los turcos no tenian aun completamente organizada su defensa, así es que en 23 de julio hubo de capitular la importante plaza de Nissa: el coronel Lentulus se adelantó en una afortunada correría hasta Novibazar y conquistó tambien esta ciudad. De suerte que la mayor parte de Servia estaba en poder de los imperiales.

Pero en seguida las cosas cambiaron. En las guerras turcas dirigidas por Luis Guillermo de Baden y por el príncipe



Combate con turcos. Facsimile reducido del grabado de G. C. Bodenehr. Dibujo original de G. F. Rugendas (1666-1742)

Eugenio, las grandes victorias habian sido siempre consecuencia de combates de masas librados por el grueso de los ejércitos bajo una direccion única; en cambio, en la de entonces prevalecieron el fraccionamiento de las fuerzas, la obstinacion y la rivalidad de los generales y la falta de un jefe supremo dotado de gran energia y revestido de toda la autoridad necesaria. El extranjero y protestante Seckendorff gozaba de autoridad escasa y una parte por lo menos de sus fracasos militares puede atribuirse á esta circunstancia. La fortuna abandonó á los imperiales, y en vez de utilizarse todo el ejército en operaciones que obedecieran á un plan único y fijo, la campaña se redujo á una porcion de acciones aisladas é infructuosas en las que casi siempre salieron vencedores los turcos.

Hasta entonces no habian reunido estos todos sus ejércitos, y las tropas escogidas y diestras en la guerra, que la paz con Prusia dejaba disponibles, acudieron poco á poco al teatro de la guerra europeo, merced á lo cual los turcos contaron pronto en todas partes con fuerzas superiores. El príncipe de Hildburghausen, que desde el Save se habia dirigido á Bosnia llegando hasta Banjaluka, fué derrotado con grandes pérdidas, viéndose obligado á retroceder hasta Grandiska de Save. Entonces se comenzó á temer en Viena que por aquel lado intentarían los turcos avanzar por la Eslavonia sobre la Carniola, la Carintia y la Estiria. Por otra parte, un ataque que contra la plaza danubiana de Widdin intentarían con fuerzas insuficientes Khevenhiller y Seckendorff fracasó por com-

pleto. Y lo peor fué que tambien se perdió Nissa, formidable plaza en la cual se habia dejado una guarnicion bastante escasa al mando del general Doxat, quien capituló sin intentar la lucha y solo con la condicion de salir libremente (18 de octubre) cuando avanzó sobre la ciudad el gobernador de Rumelia Achmed Koprili con un ejército de 100.000 hombres. Doxat fué sometido á un consejo de guerra y condenado á muerte, mas esto no evitó que con la caida de Nissa se malograra el único resultado satisfactorio de la campaña y al terminar aquel año el ejército imperial se viera obligado en todas partes á retirarse al Danubio.

Seckendorff hubo de pagar con severas penas sus propias y las ajenas culpas: se decretó su destitucion y una tormenta universal estalló sobre el desdichado general y protestante contra quien habia Clemente XII, en los comienzos de la guerra, levantado su voz en son de advertencia y que fué enviado como prisionero al castillo de Graz, de donde no salió hasta que en 1740 María Teresa le hizo poner en libertad. Mas no por eso varió el carácter de la guerra. El feldmariscal Königsegg, cuyos talentos todo el mundo reconocia y que en 1738 se hizo cargo del mando, devolvió al ejército imperial la confianza merced á algunos golpes enérgicos asestados contra los turcos; pero estos le derrotaron á su vez, obligándole en definitiva á permanecer á la defensiva, y al fin de la campaña los imperiales no solo no habian conquistado Widdin, sino que habian perdido Orsowa y habian tenido que encerrarse dentro de los muros de Belgrado y Semlin.